

sepa todavía sin recoger en libro². He aquí lo sustantivo de la opción allí proclamada:

Alineándose con la Unión Soviética y a favor de la causa internacionalista del proletariado, *Octubre* se declaraba antifascista y, desde una perspectiva literaria, se comprometía a combatir «todas las formas y las expresiones de la literatura burguesa». Lo cual, en lógica correspondencia, determinaba su apoyo a la literatura revolucionaria, incipiente en España pero mucho más desarrollada en el mundo, y sobre todo en la URSS, cuestión ésta saldada con la asunción de un doble compromiso: el de estimular su aclimatación en España, impulsando a los autores adscritos a dicha tendencia, y el de mantener a los lectores cabalmente informados de cuanto al respecto sucediese fuera.

Por último, algo en verdad novedoso y muy importante. Frente al consustancial elitismo de las publicaciones diseñadas por y para los propios escritores y sus reducidos círculos, *Octubre* se decía dispuesta a abrir sus páginas, en pie de igualdad con los textos de autores ya acreditados, a colaboraciones obreras, notas del campo y artículos de lucha. «Nuestra misión», enfatizaban sus redactores, consiste en acoger e impulsar los balbuceos de ese arte revolucionario, en nuestro país, incipiente. El horizonte mítico de «la literatura proletaria de mañana» constituía, en definitiva, su verdadera meta.

En conjunto, *Octubre* fue una magnífica revista de agitación y propaganda, realizada con indudable talento y nada exenta de colaboraciones, artísticas y literarias, valiosas, significativas y, en no pocos casos, de calidad. Sus páginas registran, naturalmente, la presencia señera y constante de María Teresa y Alberti, impulsores también de unas ediciones y un grupo teatral acogidos a la misma denominación, y a su lado, estimulado por su ejemplo, comenzó a cuajar un núcleo, del que formaron parte escritores como César Muñoz Arconada y Joaquín Arderius, cuya filiación izquierdista estaba ya sólidamente afirmada, que fijó la incorporación al panorama de las letras españolas revolucionarias de jóvenes poetas, al estilo de Pedro Garfias, Arturo Serrano Plaja o el mismísimo Luis Cernuda, y asimismo resultó enriquecido por la incorporación de Emilio Prados, que ya llevaba varios años dedicado, aunque sin resonancia pública, a tareas de agitación entre los pescadores de Málaga.

Y con ellos, prestándoles de alguna manera apoyo, ese gran Antonio Machado, siempre atento y siempre a la altura de sus circunstancias, y en otro plano Lorca, Buñuel, Altolaguirre o Halffter, firmantes del manifiesto en solidaridad con los intelectuales alemanes perseguidos por Hitler que de alguna manera señala el punto de partida de las actividades políticas del embrión germinal de la Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios (UEAR), al cual se ceñía toda la retaguardia de *Octubre*.

Por último, y descontadas las colaboraciones de autores extranjeros, desde luego importantes pero también prescindibles para el objetivo que ahora nos guía (resaltaré, aunque sea entre paréntesis, los nombres de Henri Barbusse, Louis Aragon, Romain Rolland, Lunatcharski y Máximo Gorki, mereciendo mención aparte los hispanoamericanos Alejo Carpentier y César Vallejo, personajes asiduos en los ambientes madrileños de la joven intelectualidad revolucionaria), se impone resaltar la participación, conforme al pie de igualdad prometido, de algunos autores populares, aislados exponentes de aquella ansiada literatura proletaria por la que con tan generoso entusiasmo apostó la revista.

Fueron pocos, el tiempo no permitió más incorporaciones: las adversidades de la política se encargaron de evitarlo. Pero fueron y, como de sobra se sabe, a veces los gestos son muy importantes, tanto o más inclusive que sus plenas consumaciones. Por eso cabe afirmar que *Octubre*, de la mano de Rafael Alberti y María Teresa León, inauguró un clima de cordialidad, mutua comprensión y ayuda entre los escritores *comprometidos* y los sectores más avanzados de las clases trabajadoras que luego —durante la guerra— germinaría en un impresionante movimiento de cultura popular manifestada en incontenible torrente. En eso, nada menos, radica a mi juicio

² Después de la guerra (in)civil española, consumada la derrota de la República y dispersos por variados exilios los miembros de *Octubre* que consiguieron atravesar la frontera, las circunstancias determinaron que la edición española de *Literatura Internacional* quedase a cargo del novelista social César Muñoz Arconada, el más firme apoyo de Rafael Alberti y María Teresa León en la peripecia de la revista que ahora nos ocupa, puesto que a raíz de su muerte (Moscú, 10 de marzo de 1964) pasaría a desempeñar el traductor José Santacreu, buen amigo y correligionario de los Alberti, a cuya viuda e hija debo la cesión de cartas y documentos de muy considerable interés, incluidas algunas cartas del propio Alberti con precisas noticias acerca de sus trabajos para *Literatura Internacional*.

su enorme importancia. Y de ahí que *Octubre* merezca, con justicia, el calificativo de mítica.

III

Clausurado ya *Octubre* (el último número lleva dos fechas: la original, diciembre-enero de 1934, y una segunda, estampillada, que corresponde al momento en que fue autorizada su circulación, abril de 1934), la revolución asturiana sorprendería a los Alberti en Moscú, asistiendo en calidad de invitados a las sesiones del Primer Congreso de Escritores Soviéticos, y no podrían regresar a España hasta la celebración de la campaña electoral que se saldó con el histórico triunfo del Frente Popular. Pero durante todo ese período de ausencia, la huella de su revista, lejos de extinguirse, siguió latiendo, vivificado su ejemplo por otras iniciativas que, inequívocamente, partieron de su experiencia.

Entre todas, sin duda la más importante fue *Nueva Cultura*, la revista valenciana del grupo de Josep Renau, miembro del PCE y futuro Director General de Bellas Artes del Ministerio de Instrucción Pública de Jesús Hernández, quien a mediados de 1934 se desplazó hasta Madrid para entrar en contacto, y solicitar colaboración, con los supervivientes de *Octubre*, cuyo magisterio quedaba así, implícitamente, reconocido.

El propio Josep Renau ha dejado sobre *Nueva Cultura* un testimonio preciso³, completado luego por investigadores tan documentados como Manuel Aznar, cuyos estudios son bien conocidos⁴, de manera que aquí me limitaré a evocar los que constituyeron sus señas de identidad básicas, a saber: impulsada y sostenida por el núcleo de la UEAP (Unión de Escritores y Artistas Proletarios), similar en casi todo a la AEAR de los Alberti⁵, *Nueva Cultura*, siguiendo la pauta de *Octubre*, renunciaba a convertirse en su órgano de expresión, tratando de ahuyentar el espectro del sectarismo, y aunque alineada con la URSS, del mismo modo que su predecesora, se declaraba abierta a todos los intelectuales antifascistas y, sin confundir la literatura ni el arte con la propaganda, aspiraba a consolidar su propuesta de cordial *entente* con las capas populares. Con las lógicas variantes e innovaciones que cualquier empresa creativa comporta, y *Nueva Cultura* lo era, el modelo, pues, estaba claro.

Pero antes de *Nueva Cultura*, entre el último número de *Octubre* y el inaugural suyo (enero de 1935), medió una distancia que no estuvo signada por el vacío. La historia revela que el período resultó problemático, repleto de dificultades, pero eso de ninguna manera implicó la parálisis del núcleo que se había aglutinado alrededor de los Alberti y su revista o de los que surgieron al calor de su ejemplo. Ni muchísimo menos, y para demostrarlo traeré a colación dos muestras: un par de revistas no ya poco conocidas fuera del restringido ámbito de los especialistas, sino elocuentemente desconocidas en (sin)razón de la proverbial pobreza de nuestros fondos hemerográficos y de las inherentes dificultades que tal carencia comporta.

La primera de esas dos revistas respondió al título de *El Tiempo Presente* y reflejó el esfuerzo organizativo de tres jóvenes escritores, amigablemente identificados en las tareas de su dirección: César Muñoz Arconada, Arturo Serrano Plaja y Emilio Delgado, los tres, ¡qué significativo!, cualificados miembros del grupo de *Octubre*. Procede recordarlo y concretar las citas, que no quede lugar para el equívoco:

Arconada, fijo en *Octubre* ya desde su *Adelanto*, estuvo presente en absolutamente todos los números de la revista, con notas críticas o con breves ensayos, y se erigió por derecho propio en una especie de ideólogo informal del grupo. Entre sus trabajos destacaría «15 años de literatura española» (n.º 1), de elevado valor am-

³ Josep Renau, «Notas al margen de Nueva Cultura», prólogo a la edición facsimilar de la revista: Topos Verlag, 1977.

⁴ Al margen de su edición de los documentos del Primer Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (París-1935), publicado por la Generalitat de Valencia en 1987, y de otros títulos, fundamentales para el estudio del período y por eso mismo muy conocidos, quisiera llamar la atención sobre uno de sus últimos trabajos, breve pero revelador: «El Partido Comunista de España y la literatura (1931-1936)», incluido en el libro colectivo *Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine*, edición de Jacques Maurice, Brigitte Magnien y Danielle Bussy. Saint Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 1990, págs. 289-302.

⁵ En rigor fundadas casi al mismo tiempo la UEAP de Renau y la AEAR de los Alberti, en torno a mayo de 1933, la primacía, de haberla, correspondería al grupo de Madrid y no al de Valencia, contra lo sostenido por Manuel Aznar, por fuerza constituido algo antes del citado mes de mayo, pues su primer día fue el de la aparición de ese *Adelanto* de la revista *Octubre* donde ya se da cuenta de la existencia orgánica de UEAR. No es que esto, a mi juicio, importe demasiado, pero en cualquier caso es así.

biental, y «La doctrina intelectual del fascismo español», tal vez el primer análisis al respecto en nuestro país; mereciendo también ser, al menos, mencionadas las notitas sobre Valle Inclán, que acababa de regresar de Roma cantando las excelencias de los fastos musolinianos, llena de comprensión y, a pesar de algunas apariencias, cordialmente generosa⁶, y la dedicada al conflicto suscitado entre el novelista norteamericano Upton Sinclair y el cineasta soviético Einsenstein a propósito de la película *¡Viva México!*⁷, ambas publicadas en el n.º 3. «Las colonias: Marruecos» es una mera introducción a un fragmento de *Imán* de Sender (n.º 2), y el trabajo que nos falta, «Breve homenaje a Carlos Marx» (n.º 4-5), es un texto sin duda menor. Para Arconada, en definitiva, *Octubre* significó la oportunidad, bien aprovechada, de consolidarse como escritor comprometido dotado de un apreciable bagaje teórico.

Arturo Serrano Plaja, por su parte, venía de *Hoja Literaria* (Madrid, 1932-33), excelente revista, aunque de cierta ambigüedad (censuraba la poesía pura, pero encarecía la soledad del poeta más o menos alejado del mundo) por él codirigida con Enrique Azcoaga y Antonio Sánchez Barbudo, y su incorporación a *Octubre*, saludada con indisimulado alborozo, significó, según los redactores, su adhesión a la causa del proletariado en calidad de activo militante (n.º 4-5, pág. 19), afirmación seguida, corroborándola, por un inequívoco poema: «¿Nos oyes?», al cual continuaría, en el número final de *Octubre*, un reportaje de tono descriptivo e intención crítica sobre la vida de los ferroviarios. En consecuencia, la revista de los Alberti dio a Arturo Serrano Plaja la oportunidad de manifestar sus nuevas convicciones, infundiendo así un sesgo decisivo a su prometedor carrera literaria.

Emilio Delgado, por fin, era entonces un jovencito sin apenas posibilidades para expresarse. Y *Octubre*, a cuyo grupo se sumó a partir de su n.º 3, generosamente le permitió dar sus —casi— primeros pasos: «Nota a las canciones de los negros de Norteamérica» (n.º 3), la traducción de un poema de Johannes Becher («No hay trabajo», n.º 4-5) y sendas reseñas sobre una exposición de dibujos infantiles y una importante conferencia del novelista deshumanizado Benjamín Jarnés (n.º 6), a través de la cual polemizaba con él para censurar su concepción idealista y afirmar la validez del compromiso, supusieron para Delgado nada menos que su aparición en

público y desde las páginas de una revista que, desde luego, no pasaba desapercibida ni dejaba de alcanzar resonancia.

Datos, en consecuencia, cantan, y su música dice que los tres escritores que hicieron *El Tiempo Presente* salieron, y en buena medida se hicieron o consolidaron, al menos en su faceta de escritores militantes, gracias al *Octubre* de los Alberti, de donde no es disparatado pensar que incluso llegasen a sacar el título. Me explicaré:

Y lo haré, claro está, citando: n.º 3, pág. 11: «Esto no es la Edad Media, es el tiempo presente», reza su titular, al cual enmarcan cuatro fotografías y sigue un pequeño texto de carácter explicativo. De las cuatro fotografías, las dos primeras reflejan imágenes de boato y solemnidad (una Eminencia, revestida de fiesta mayor, camino de los oficios divinos; el presidente del Tribunal Supremo británico, empelucado de gala, dirigiéndose a impartir justicia), mientras las dos restantes dan cuenta de una bárbara decapitación en Siam. No es la Edad Media, remacha el texto de la redacción, es el tiempo presente.

Un tiempo, por supuesto, asumido con voluntad de cambiarlo. Ahora bien, esa voluntad transformadora para nada implicaba, contra lo que tantas veces se ha dicho o insinuado, confundir la literatura con la política; tampoco, debe añadirse, renunciar a ésta. Repase, quien lo dude, su texto de presentación, «Nuestra llegada» (n.º 1, pág. 12), al cual corresponden los siguientes párrafos:

Pues bien —declaraban—, no somos políticos... en tanto que política sea mala y baja dirección de pueblos. En esta época de con-

⁶ Valle Inclán, puro y magnífico gesto él mismo, no habría entendido el verdadero carácter de la dictadura musoliniana, quedándose en la anécdota del hombre que toma el poder. Lo demás, arbitrariedad e ingenio, «seducción por el aparato externo del fascismo que es una gran gesticulación y un canto continuo a los heroísmos históricos de Roma», lo cual conectaba con el regusto dominante en muchas de sus obras por las reminiscencias feudales y los anacrónicos pasados de gesta.

⁷ Secundando una propuesta de la revista de Juan Piqueras, Nuestro Cinema, Arconada se alinea con el cineasta soviético y en contra del narrador norteamericano metido a capitalista. Y eso le lleva a proponer el boicot a los libros de Upton Sinclair, en España editados por Cénit, la empresa de Giménez Siles y su camarada Wenceslao Roces, y a recomendar a los espectadores una actitud vigilante al objeto de cortar de raíz cualquier intento de exhibir versiones, que serían intelectualmente fraudulentas, de *¡Viva México!*, montada a espaldas de Einsenstein. Debe tratarse del primer, y precoz, intento de organizar en España una huelga en el cine.